

Stefan Zweig  
La impaciencia  
del corazón

Traducido del alemán por Roberto Bravo  
de la Varga

**Alianza** editorial

Título original: *Ungeduld des Herzens*

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción: Roberto Bravo de la Varga, 2024

© Alianza Editorial, S.A. Madrid, 2024

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



ISBN: 978-84-1148-756-6

Depósito legal: M. 11.587-2024

Printed in Spain

«Al que tiene se le dará». Estas palabras del Libro de la Sabiduría las puede ratificar sin temor alguno cualquier escritor aplicándolas a su profesión: «Al que ha contado muchas historias se le contarán aún más». Nada más equivocado que esa idea tan común de que el escritor trabaja constantemente con su fantasía, una reserva inagotable a partir de la cual inventa sin cesar sucesos e historias. La verdad es que, en vez de inventar, solo tiene que dejarse sorprender por unos personajes y unos acontecimientos que, siempre que haya conservado su portentosa capacidad de mirar y de escuchar, le buscan sin descanso para que les preste su voz. Al que ha intentado interpretar en tantas ocasiones el destino humano muchos le cuentan el suyo.

Este suceso en concreto me fue confiado casi en su totalidad en la forma en que lo voy a referir aquí, por lo que se puede decir que me encontré con él de manera completamente inesperada. La última vez que estuve en Viena, cansado de los mil asuntos de los que había tenido que ocuparme, me encaminé ya de noche a un restaurante de las afueras creyendo que habría pasado de moda hace tiempo y que estaría poco concurrido.

Pero, en cuanto puse un pie en él, comprobé decepcionado que no era así. La primera mesa estaba ocupada por un conocido mío que se levantó al momento dando muestras de franca alegría, a la que yo, desde luego, no correspondí con tanto entusiasmo, y me invitó a sentarme con él. Decir que aquel amable caballero era antipático o desagradable sería faltar a la verdad; era de esa clase de personas sociables por naturaleza que coleccionan relaciones con el mismo tesón con el que los niños coleccionan sellos, y muestran con un orgullo especial cada pieza de su colección. Para este personaje peculiar y bonachón —que trabajaba además en un archivo, donde destacaba por sus profundos conocimientos y su buen hacer—, el sentido de la vida se reducía a la modesta satisfacción que le procuraba poder añadir con fingida naturalidad a los nombres que aparecían de vez en cuando en los periódicos: «Un buen amigo mío», «Resulta que ayer mismo estuve con él», «Mi amigo A me ha dicho», «Mi amigo B opina», y así sucesivamente, con todo el alfabeto. Acudía a los estrenos, donde aplaudía a rabiar; telefonaba a las actrices al día siguiente para felicitarlas; no olvidaba un solo cumpleaños; cuando las críticas de la prensa eran desfavorables, las ignoraba y enviaba tarjetas llenas de elogios como testimonio de su sincera admiración. No era, pues, un hombre antipático, sino verdaderamente amable, y se sentía feliz cuando le pedían un pequeño favor o cuando añadía un nuevo objeto a su gabinete de curiosidades.

No es preciso dar más detalles sobre mi amigo, que estaba empeñado en ser el perejil de todas las salsas, una expresión burlona con la que los vieneses, y no solo ellos, se refieren a las personas a las que les gusta figurar en todas partes y, en particular, en los abigarrados círculos de esnobs. Todo el mundo los conoce y sabe que son inofensivos, aunque es imposible librarse de su patético servilismo sin resultar grosero. Así que me senté resignado a su mesa y durante un cuarto de hora tuve que

aguantar su parloteo, hasta que entró en el local un hombre alto que llamaba la atención por su buen color de cara, de aspecto juvenil, de modo que incluso las canas que plateaban sus sienes le favorecían; su porte, un tanto erguido al andar, revelaba que había sido militar. Mi compañero de mesa se levantó de un salto y fue a saludarle con su característica amabilidad, aunque el caballero correspondió a su impulsivo arrebató con más indiferencia que gentileza. Mientras el nuevo cliente abordaba al presuroso camarero, que se abría paso entre la concurrencia, mi amigo se acercó para susurrarme al oído:

—¿Sabe usted quién es este señor?

Como conocía de sobra su orgullo de coleccionista y cuánto le gustaba exhibir y alabar las piezas que había ido recopilando, unas más interesantes que otras, temí que mi respuesta desencadenara una interminable explicación, así que me limité a contestar con evidente desgana que no tenía ni idea y seguí troceando mi tarta *Sacher*. Pero mi apatía solo sirvió para aumentar el celo de aquel cazatalentos que, tapándose discretamente la boca con la mano, me susurró con voz apagada, casi en un suspiro:

—Pues se trata de Hofmiller, de la Intendencia General... Ya sabe... El que fue condecorado con la Orden Militar de María Teresa durante la guerra.

Como este dato no pareció impresionarme en la medida en que él esperaba, soltó un inflamado discurso, propio de un libro de lecturas patrióticas, ensalzando las hazañas que el capitán Hofmiller había protagonizado: primero como oficial de caballería; luego como piloto en un vuelo de reconocimiento sobre el río Piave, en el que él solo consiguió derribar tres aviones enemigos, y finalmente como jefe de una compañía de ametralladoras con la que ocupó y mantuvo una posición en el frente durante tres días. Añadió numerosos detalles (que prefiero omitir), mostrando una y otra vez su inmensa sorpresa por el

hecho de que yo no hubiera oído hablar de aquel hombre admirable a quien el emperador Carlos en persona había distinguido con la más alta condecoración del Ejército austríaco.

Sin querer, me sentí tentado de echar un vistazo a la otra mesa para contemplar, aunque solo fuera por una vez y a dos metros de distancia, a un héroe que había hecho historia. Pero me encontré con una mirada dura, desafiante, que venía a decirme: «¿Qué mentiras le ha estado contando ese individuo acerca de mí? ¡No se me quede usted mirando como un pasmarote!». Al mismo tiempo, el caballero echó la silla a un lado con evidente antipatía y nos dio la espalda bruscamente. Aparté los ojos un tanto avergonzado, y a partir de entonces evité rozar con la mirada siquiera el mantel de aquella mesa a pesar de mi curiosidad. Poco después me despedía del ingenuo charlatán, aunque antes de salir pude observar que se trasladaba de inmediato a la mesa de su héroe, con la evidente intención de informarle sobre mí con la misma diligencia con la que me había hablado antes de él.

Eso fue todo. Con tanto ajetreo seguro que habría olvidado aquel fugaz encuentro, pero la casualidad quiso que al día siguiente volviera a encontrarme cara a cara con el desdeñoso caballero en una reducida reunión social, a la que acudió con un esmoquin que le daba un aspecto más llamativo y elegante que el que tenía la víspera con un traje sencillo e informal. A ambos nos costó disimular una pequeña sonrisa, ese gesto de complicidad entre dos personas que comparten un secreto al que los demás son ajenos. Me reconoció exactamente igual que yo a él. Es probable que ambos nos sintiéramos igual de violentos o divertidos después de lo que había sucedido el día anterior por culpa de aquel correveidile, cuyas esperanzas habíamos defraudado. En un principio evitamos entablar conversación, cosa que tampoco habría debido preocuparnos porque en aquel momento, a nuestro alrededor, se desarrollaba un encendido debate.

Cualquiera adivinará al momento el tema del mismo en cuanto diga que esto ocurría en el año 1938. Cuando los futuros historiadores hablen sobre nuestra época, coincidirán en que, en aquel entonces, todas las conversaciones en todos los países de nuestra desconcertada Europa giraban en torno a las probabilidades que existían de que estallara o no una nueva guerra mundial. Era inevitable, a todo el mundo le fascinaba este asunto. Tanto es así que se habría dicho que no eran las personas quienes aliviaban su miedo compartiendo sus sospechas y esperanzas, sino el propio ambiente, por así decirlo, el de una época agitada y cargada de tensiones que no se manifestaban abiertamente, el que necesitaba descargar parte de esa tensión a través de la palabra.

Nuestro anfitrión, un abogado que disfrutaba creando polémica, llevaba la voz cantante. Aquella noche defendía la mentira de siempre con los argumentos de siempre: que la juventud sabía lo que era la guerra y no se lanzaría a una nueva contienda con tanta ligereza como lo había hecho la generación de sus padres. En cuanto los movilizaran, volverían sus fusiles contra aquellos que pretendían enviarlos a luchar, sobre todo los veteranos como él, que habían combatido en el frente y eran conscientes de lo que les esperaba. En un momento en que el número de fábricas dedicadas a la producción de explosivos y gases asfixiantes se contaba por decenas de miles, por centenares de miles, me molestó la frivolidad con la que descartaba la posibilidad de una guerra, como quien sacude la ceniza de su cigarrillo golpeándolo ligeramente con el dedo índice. Así que intervine con determinación para recordar que no conviene confundir nuestros deseos con la realidad. Los ministerios y las instituciones militares que dirigían el aparato bélico no habían descansado y, mientras nosotros nos embriagábamos con utopías, habían aprovechado al máximo los tiempos de paz para preparar y organizar a las masas con el propósito de que estuvieran dis-

puestas a empuñar las armas en el momento oportuno. El conformismo de la sociedad había adquirido unas dimensiones alarmantes gracias al perfeccionamiento de la propaganda, por lo que era un hecho que tan pronto como la radio, presente en todos los hogares, transmitiera la orden de movilización, no habría oposición alguna. En nuestra época, el hombre era una mota de polvo a merced del viento y su voluntad no contaba para nada.

Desde luego, todos se pusieron en contra de mí. La experiencia demuestra que el hombre prefiere engañarse a sí mismo para no tener que afrontar los peligros que en su fuero interno no puede ignorar considerándolos preocupaciones vanas e infundadas. Por eso, mi crítica a aquel optimismo barato no podía ser bien recibida, sobre todo a la vista de la espléndida cena que ya iban a servir en la sala contigua.

Entonces, de improviso, el caballero condecorado con la Orden de María Teresa, en el que equivocadamente había intuido a un adversario, dio un paso al frente y se colocó a mi lado como padrino en aquel duelo. Me dio la razón y aseguró con rotundidad que era absurdo introducir en el debate la voluntad o la debilidad del material humano, pues el resultado de la próxima guerra la decidirían las máquinas, a las que las personas quedarían subordinadas como uno más de sus engranajes. Ya en la última contienda, en el campo de batalla, no eran tantos los que se pronunciaban con claridad a favor o en contra de la guerra. La mayoría se habían dejado arrastrar a ella como el polvo que levanta el viento y termina atrapado en un gran torbellino. El individuo, carente de voluntad, había sido zarandeado de un lado a otro como un guisante en una bolsa. Si entrábamos en cuentas, no le sorprendería que fueran más los que habían buscado refugio en la guerra que aquellos que habían huido de ella.

Yo le escuchaba asombrado, pero lo que captó mi interés fue la vehemencia con que continuó hablando.

—No nos engañemos. Si hoy en algún país se hiciera propaganda a favor de una guerra en un lugar exótico, por ejemplo en la Polinesia o en un rincón de África, serían miles, cientos de miles los que acudirían corriendo a la llamada sin saber muy bien por qué, tal vez solo por el deseo de huir de sí mismos o de una situación difícil. Me cuesta creer que una guerra chocara con una resistencia real por parte de alguien. La resistencia de un ciudadano frente al sistema siempre ha exigido valor para no dejarse arrastrar, me refiero a valor individual, una especie en vías de extinción en una época en la que triunfan la organización y la mecanización. El valor que encontré en la guerra fue casi exclusivamente el de las masas, el valor que se da en una formación militar integrada por compañías y columnas, un fenómeno muy peculiar que, cuando se observa de cerca, sorprende por los elementos que lo componen: mucha vanidad, mucha ligereza, aburrimiento incluso, pero, sobre todo, mucho miedo... Sí, miedo de quedarse atrás, miedo de que se burlen de uno, miedo de actuar solo y, sobre todo, de oponerse a la inercia de la masa; la mayoría de los que en el campo de batalla pasaban por ser los más audaces me parecieron héroes muy dudosos cuando luego traté con ellos personalmente en la vida civil. Y, por favor, me gustaría que me entendiera —añadió dirigiéndose cortésmente a nuestro anfitrión, que torcía el gesto—, yo no soy una excepción en absoluto.

Me gustó cómo había hablado y me apetecía acercarme a él, pero, en aquel momento, la anfitriona nos invitó a pasar al comedor para la cena y, sentados muy lejos el uno del otro, no pudimos reanudar la conversación. Coincidimos de nuevo en el guardarropa, cuando todo el mundo se retiraba.

—Me parece —dijo sonriendo— que ya hemos sido presentados, aunque no directamente, por nuestro común valedor.

Yo le devolví la sonrisa:

—Y podemos estar seguros de que no se ahorró ningún detalle.

—Me imagino cuánto habrá exagerado. Le contaría que soy una especie de Aquiles y me llenaría el pecho de medallas.

—Más o menos.

—Sí, está condenadamente orgulloso de mi condecoración... y también de los libros que usted escribe.

—¡Menudo personaje! Pero los hay peores... Por cierto, si no le importa, podríamos hacer juntos una parte del camino.

Echamos a andar. De repente se volvió hacia mí:

—Créame que no hablo por hablar si le digo que lo que más me ha hecho sufrir durante todos estos años es la condecoración de María Teresa, demasiado ostentosa para mi gusto. No le voy a engañar: al principio, cuando la conseguí en el campo de batalla, sentí una profunda emoción. Al fin y al cabo he recibido una formación militar y en la escuela de cadetes no dejaron de hablarnos de esa medalla, una distinción que se otorga, a lo sumo, a una docena de soldados en cada guerra y es como una estrella caída del cielo. Esa es la verdad. Un muchacho de veintiocho años no puede aspirar a más. De pronto te encuentras ante la tropa en formación, todo el mundo te mira con asombro porque algo brilla en tu pecho como un pequeño sol, y el emperador, su inaccesible Majestad, te estrecha la mano para felicitarte. Pero, mire usted, esta distinción solo tenía sentido y valor en nuestro mundo militar. Cuando se acabó la guerra, me pareció ridículo ir toda la vida por ahí presumiendo de héroe porque una vez mostré coraje durante veinte minutos... lo mismo que otros diez mil a los que solo aventajo en que tuve la suerte de que se fijaran en mí y, lo que es aún más asombroso, de regresar vivo a casa. Al cabo de un año, allá donde iba, la gente clavaba su mirada en esa pequeña pieza de metal y luego la elevaba con respeto hacia mi rostro. Entonces me cansé de ser un monumento ambulante. Me molestaba llamar continuamente la atención, y ese fue uno de los principales motivos por los que me decidí a vestir de paisano tan pronto como pude una vez acabada la guerra.

En ese momento apretó el paso.

—Como he dicho, ese fue uno de los principales motivos, pero el más importante fue de índole personal, y cuando lo conozca, puede que lo entienda mejor. El motivo determinante fue que yo mismo ponía en duda mi legitimidad y, por supuesto, mi heroísmo. Sabía mejor que nadie y, desde luego, mejor que los extraños que se me quedaban mirando como pasmarotes que detrás de esa medalla había alguien que era cualquier cosa menos un héroe, alguien que podría considerarse incluso un antihéroe... uno de los que corrieron como locos a la guerra porque se encontraban en una situación desesperada de la que querían escapar. No nos convertimos en héroes por sentido del deber, sino porque desertamos de nuestras responsabilidades. No sé usted, pero yo quería llevar una vida sencilla y no soportaba verme envuelto en el nimbo, rodeado de una aureola de gloria. Así que la verdad es que me sentí aliviado al no tener que sacar a pasear mi biografía de héroe colgada del uniforme. Aun hoy me sigue molestando que alguien desentierre mi pasado para ensalzarlo y, por qué no se lo voy a confesar, ayer estuve a punto de acercarme a su mesa para enfrentarme a ese charlatán y decirle que fuera a alardear de conocer a otro, pero no a mí. Durante toda la velada me estuvo reconcomiendo el respeto con el que usted me miraba, y de buena gana habría desmentido a ese sacamuelas instándole a usted a escuchar mi historia para que supiera por qué tortuosos caminos llegué a convertirme en héroe... Es una historia de lo más extraña y, sin embargo, vendría a demostrar que, a menudo, el valor no es sino la otra cara de la debilidad. De hecho... no tendría inconveniente en abrir mi corazón y contársela ahora mismo. A ningún hombre le importa lo que le ocurrió hace un cuarto de siglo, pero puede que le interese a otro. ¿Tiene tiempo? ¿Le estoy aburriendo?

Por supuesto que tenía tiempo. Caminamos un buen rato recorriendo las calles ya desiertas y quedamos en varias ocasio-

nes durante los días siguientes. Es muy poco lo que he cambiado de su relato, puede que hable de los ulanos y no de los húsares, he variado ligeramente la ubicación geográfica de las guarniciones para que nadie las identifique y, por prudencia, tampoco desvelo el nombre real de los protagonistas. Pero no he alterado ni inventado nada de lo esencial, por lo que no soy sino el narrador de un relato que comienza ahora.

Hay dos clases de compasión. Una, débil y sentimental, que, en sentido estricto, no es más que la impaciencia del corazón por librarse lo antes posible del pesar que experimentamos ante una desgracia ajena; no es una compasión que se compadezca, es decir, que padezca con el prójimo, sino una defensa instintiva del alma frente al sufrimiento ajeno. La otra, la única que cuenta, es una compasión desprovista de sentimentalismo, pero creativa, que sabe lo que quiere y está decidida a soportarlo todo, con paciencia y resignación, hasta sus últimas fuerzas y aún más allá.

Todo este asunto comenzó con una torpeza, una metedura de pata sin mala intención, una *gaffe*, como dicen los franceses. Entonces me di cuenta de la estupidez que había cometido e intenté buscar una solución. Pero cuando uno quiere arreglar con demasiadas prisas el engranaje de un reloj, suele estropear el mecanismo entero. Incluso hoy, al cabo del tiempo, sería incapaz de precisar dónde terminó la pura torpeza y dónde empezó mi culpa. Probablemente nunca lo sabré.

Tenía por aquel entonces veinticinco años y era teniente en activo del --.º Regimiento de Ulanos. No puedo decir que hubiera sentido nunca una pasión especial o una ferviente vocación por la carrera militar. Pero cuando dos niñas y cuatro muchachos siempre hambrientos se sientan a la mesa mal provista de una vieja familia de funcionarios austríaca, nadie se preocupa de sus preferencias, sino que se les indica una profesión y se les despacha cuanto antes para que dejen de ser una carga en casa. A mi hermano Ulrich, que desde la escuela elemental se quemaba las pestañas estudiando, le metieron en el seminario; a mí, que tenía huesos fuertes, me enviaron a la academia militar. A partir de ahí, el hilo de la vida se devana con facilidad, no hace falta tirar de él. El Estado se ocupa de todo. En pocos años, sin ningún desembolso económico, con el dinero del erario público, que financia los patrones de costura, convierte a un jovencito pálido e imberbe en un cadete al que ya le apunta la barba y se lo entrega al ejército rematado y bien compuesto. En su día, el del cumpleaños del emperador, yo no tenía aún los dieciocho, me gradué en la academia y poco después brillaba la primera estrella en mi uniforme. Así concluyó la primera etapa de mi carrera militar. A partir de entonces, todo se reducía a ir ascendiendo poco a poco, respetando el turno establecido, hasta la llegada de la jubilación y de los ataques de gota. Tampoco es que yo deseara servir en caballería precisamente, un cuerpo que, por desgracia, resultaba muy caro. Fue un capricho de mi

tía Daisy, que se había casado en segundas nupcias con el hermano mayor de mi padre cuando este dejó el Ministerio de Hacienda para asumir la presidencia de un banco, un puesto mucho más lucrativo. Rica y esnob como era, no podía consentir que uno de sus parientes manchara el apellido de la familia sirviendo en infantería; y como su capricho costaba cien coronas al mes, me veía obligado a mostrarle una rendida gratitud en todo momento. Nadie había pensado, yo tampoco, si quería servir en caballería o siquiera estar en activo. Montado en la silla me sentía bien y mis pensamientos no iban más allá del cuello del caballo.

En el mes de noviembre de 1913, una orden debió de desprenderse de algún despacho y cayó en otro, porque nuestro escuadrón fue trasladado inmediatamente de Jarosław a una pequeña guarnición en la frontera húngara. No merece la pena citar el nombre de la pequeña ciudad en la que se encontraba, pues dos botones del mismo uniforme no se parecen tanto como una guarnición de provincias austríaca a otra. Todas ellas disponen de un cuartel, una escuela de equitación, una plaza de armas, un club de oficiales, además de tres hoteles, dos cafés, una pastelería, una taberna y un viejo teatro de variedades cuyas coristas, antiguas bellezas venidas a menos, dedican sus horas libres a repartir cariño entre los oficiales y los voluntarios que prestan servicio durante un año. La vida castrense también es idéntica en todas partes: una rutina vacía, aunque llena de tareas, con jornadas de trabajo repartidas según lo dispuesto en un férreo reglamento, el mismo desde hace siglos, y un tiempo de ocio sin grandes atractivos, pues gira en torno al comedor de oficiales, siempre con las mismas caras y las mismas conversaciones, y al café, con las mismas partidas de cartas y el mismo billar. A veces, uno se sorprende de que Dios se haya molestado en colocar un cielo y un paisaje diferentes alrededor de los seiscientos u ochocientos tejados de esta clase de ciudades.

Cierto es que mi nuevo destino ofrecía una ventaja frente al anterior de Galitzia: contaba con una estación por la que pasaba un tren expreso, así que, por un lado, estaba cerca de Viena y, por otro, no estaba lejos de Budapest. Quien tenía dinero —y la mayor parte de los oficiales de caballería son gente rica, incluidos los voluntarios, miembros de la alta nobleza o hijos de industriales— y se daba prisa podía salir para Viena en el tren de las cinco y regresar en el de la noche, que llegaba a las dos y media de la madrugada. Tiempo suficiente, por lo tanto, para acudir al teatro, pasear por el Ring, darse aires de gran señor y, si se presentaba la oportunidad, vivir alguna que otra aventura. Los más envidiados tenían incluso casa propia o se alojaban en una pensión. Por desgracia, mis ingresos mensuales no alcanzaban a cubrir estas estimulantes escapadas. Así que el único entretenimiento que me quedaba era el café o la pastelería, y allí, sabiendo que en las partidas de cartas se apostaba más dinero del que yo disponía, me dedicaba a jugar al billar o al ajedrez, que era aún más barato.

Aquella tarde, debió de ser a mediados del mes de mayo de 1914, había acudido a la cafetería, donde coincidí con el boticario de El ángel dorado, la farmacia de la ciudad, que era además su teniente de alcalde. Hacía un rato que habíamos terminado de jugar nuestras tres partidas de costumbre, pero continuamos hablando, más que nada por la pereza de levantarnos —¿a qué otro lugar podíamos ir en aquel aburrido rincón del mundo?—, aunque la conversación se iba adormeciendo poco a poco, como un cigarro humeante a punto de consumirse. Entonces, de repente, se abre la puerta y entra una hermosa muchacha con una falda acampanada que se agita con la corriente de aire. Ojos castaños y almendrados, tez oscura, vestida con elegancia, nada provinciana y, sobre todo, una cara nueva en aquella exasperante monotonía. Por desgracia, la bella ninfa no nos presta la menor atención cuando nos levantamos para mostrarle nues-

tro respeto y admiración; resuelta y orgullosa, con paso firme y vigoroso, cruza el local sorteando las nueve mesitas de mármol y se dirige directamente al mostrador para encargar una docena de pasteles, varias tartas y aguardiente, un pedido importante. Me sorprende la devoción con que el pastelero se inclina ante ella: nunca he visto tan estirada la costura de la espalda de su levita. Incluso su mujer, una exuberante y robusta Venus provinciana, que suele dejarse cortejar por todos los oficiales sin hacerles demasiado caso (a menudo dejan a deber pequeñas cantidades de dinero que pagan a fin de mes), se levanta de su asiento junto a la caja y se deshace en obsequiosos cumplidos. La hermosa muchacha, que parece ajena a todo, se toma unos cuantos pralinés y charla con la señora Großmaier, mientras el pastelero anota el pedido. Nosotros, que solo tenemos ojos para ella y acaso mostramos un interés exagerado, no merecemos ni una mirada por su parte. Está claro que las hermosas manos de la joven no tendrán que cargar con ningún paquete, por pequeño que sea; lo recibirá todo en su domicilio sin falta, le asegura servicialmente la señora Großmaier. Tampoco se le ocurre pasar por caja para abonar el pedido, como haría el resto de los mortales. A todos nos queda claro que se trata de una clienta selecta y distinguida.

Una vez hecho el encargo, cuando se gira para marcharse, el señor Großmaier se le adelanta de un salto para abrirla la puerta. Incluso el boticario se levanta de su asiento para saludarla respetuosamente mientras pasa contoneándose por delante de nuestra mesa. Ella le da las gracias con una soberbia amabilidad. ¡Por todos los santos, qué ojos los suyos, delicados como el terciopelo, dorados como la miel! Apenas puedo esperar a que abandone el establecimiento, donde todos le prodigan afectuosos cumplidos, para preguntarle a mi compañero de mesa, con la mayor curiosidad, quién es la dama cuya presencia ha provocado semejante alboroto.

—Ah, ¿no la conoce? Pues es la sobrina del señor Von Kekesfalva —es así como me referiré a este caballero, aunque su nombre real era otro—. Conoce usted a los Kekesfalva, ¿verdad?

Kekesfalva... Lanza el nombre sobre la mesa como si se tratara de un billete de mil coronas y se queda mirándome como si la única reacción lógica fuera un respetuoso: «¡Por supuesto que sí!». Pero yo, un teniente al que acaban de trasladar, incorporado a la guarnición hace tan solo unos meses, no tengo ni la más remota idea de quién es este dios al que envuelve tanto misterio, así que pido al boticario que me proporcione más detalles, algo a lo que él accede con gusto, mostrando un orgullo provinciano... y una locuacidad que no voy a imitar aquí para no alargarme.

Kekesfalva, me explica, es el hombre más rico de la comarca. Todo es suyo, así de sencillo. No solo el castillo de Kekesfalva —«tiene que conocerlo, se ve desde la plaza de armas, a la izquierda del camino, es el palacio amarillo con la torre achata-da y ese parque tan grande y antiguo»—, sino también la enorme fábrica de azúcar que está en la carretera de R. y el aserradero de Bruck y la yeguada de M. Todo eso es suyo, además de seis o siete casas en Budapest y en Viena.

—Sí, cuesta creer que haya gente tan rica en nuestra ciudad, pero es todo un magnate. Pasa los inviernos en su palacete de la calle Jacquín de Viena y los veranos en balnearios. Aquí solo viene unos meses, en primavera, pero ¡qué casa tiene, por Dios santo! No se priva de nada. Cuartetos vieneses, champán y vinos franceses, ¡de lo bueno, lo mejor!

Luego se ofrece a presentarme al señor Von Kekesfalva, pues tiene el orgullo de ser su amigo. Hace años solía hacer negocios con él y sabe que los oficiales siempre son bienvenidos en su casa. Una palabra suya y me invitarán.

Bueno, ¿por qué no? El ambiente de una guarnición de provincias puede resultar asfixiante. Acabas conociendo de vis-

ta a todas las mujeres con las que te cruzas por el paseo, sus sombreros de verano y de invierno, sus vestidos de diario y de domingo; siempre es lo mismo. Conoces al perro y a la criada y a los niños, aunque no quieras admitirlo y mires hacia otro lado. Conoces cada una de las especialidades de la gorda cocinera bohemia del club de oficiales y poco a poco pierdes el paladar solo con ver el menú de la hospedería; siempre el mismo. Conoces de memoria los nombres, los rótulos y los carteles de todas las calles. Conoces las tiendas de cada manzana y los escaparates de cada tienda. Sabes perfectamente, igual que lo sabe Eugen, el camarero jefe, a qué hora aparecerá en el café el juez de distrito, que se sentará en el rincón de la izquierda junto a la ventana y, cuando den las cuatro y media, pedirá un café con leche a partes iguales, mientras que el señor notario llegará exactamente diez minutos más tarde, a las cinco menos veinte, y, como tiene el estómago delicado, pedirá un té con limón —bendito cambio— antes de ponerse a contar los chistes de siempre, fumando su eterno Virginia. Conoces todas las caras, todos los uniformes, todos los caballos, a todos los cocheros y a todos los mendigos de los contornos, y te conoces a ti mismo hasta la saciedad. ¿Por qué no dejar de dar vueltas a la noria por un día? Sobre todo cuando uno piensa en una hermosa muchacha con ojos del color de la miel. Así que acepto con fingida indiferencia la oferta de mi valedor (no conviene mostrarse demasiado ansioso ante el altivo vendedor de píldoras), asegurándole que tendré mucho gusto en conocer a la familia Kekesfalva.

¡Mira por dónde, el bueno del boticario no fanfarroneaba! Dos días después, henchido de orgullo y con cierta condescendencia, aparece en el café y me entrega una tarjeta impresa, con mi nombre escrito a mano: el señor Lajos von Kekesfalva invita al teniente Anton Hofmiller a cenar el miércoles de la próxima semana a las ocho. Gracias a Dios, la gente de mi condición tampoco es coja ni manca y sabe cómo comportarse en estos ca-

sos. El domingo anterior por la mañana me visto con uniforme de gala, guantes blancos y zapatos de charol, me afeito pulcramente y, con una gota de colonia en el bigote, tomo un coche para hacer una primera visita de cortesía. El criado —viejo, discreto, con una buena librea— coge mi tarjeta y murmura una disculpa: los señores lamentarán muchísimo no haber estado en casa para recibir al teniente, pero han ido a la iglesia. «Mucho mejor», pienso para mí. «Las visitas de cortesía son agotadoras, tanto dentro como fuera del servicio. En cualquier caso, tú has cumplido con tu deber. Ya te presentarás el miércoles por la noche y confiemos en que todo salga bien». Tema resuelto. Pero dos días después, el martes, me llevo una grata sorpresa al encontrar en mi cuarto la tarjeta de visita del señor Von Kekesfalva. «Intachable», pienso, «esta gente tiene buenos modales». Dos días después me devuelve la visita, a mí, un modesto oficial; un general no podría pedir más cortesía ni más respeto. Tengo un buen presentimiento y espero con ilusión la noche del miércoles.

Pero, entonces, las cosas se tuercen. Uno debería ser supersticioso y prestar más atención a las señales. Miércoles, siete y media de la tarde, me he preparado y estoy a punto de salir, llevo mi mejor uniforme, guantes nuevos, zapatos de charol, la raya de los pantalones recién planchados parece el filo de una cuchilla de afeitar, mi asistente me alisa las arrugas del abrigo y comprueba que voy impecable (siempre recurro a él para esto, porque en mi cuarto mal iluminado solo tengo un pequeño espejo de mano). Entonces llaman a golpes a la puerta. Es un ordenanza. El oficial de servicio, mi amigo, el capitán de caballería conde Steinhübel, me ruega que vaya a verlo a los aposentos de la tropa. Dos ulanos, probablemente borrachos como una cuba, se han peleado y uno de ellos ha terminado pegándole al otro un culatazo en la cabeza. Y ahora el zoquete de él está tendido en el suelo, sangrando, inconsciente y con la boca abierta.

No se sabe si el cráneo sigue entero o no. El médico del regimiento tenía un permiso y se ha largado a Viena. No encuentran al coronel. Viéndose en un apuro, al bueno de Steinhübel, ¡maldita sea!, no se le ocurre otra cosa que acudir a mí para que le eche una mano mientras él se ocupa del herido, así que no me queda más remedio que redactar el correspondiente informe y pedir a los ordenanzas que salgan a buscar un médico civil en el café o donde sea y le traigan inmediatamente. Entre unas cosas y otras se me hacen las ocho menos cuarto. Me doy cuenta de que me será imposible salir antes de quince minutos o incluso media hora. ¡Maldita sea, justamente hoy tenía que pasar algo! ¡Justamente hoy, que me habían invitado! Miro el reloj cada vez más impaciente; imposible llegar a tiempo, si tengo que perder más tiempo aquí, aunque sean cinco minutos. Pero el servicio, eso es lo que nos han inculcado, está por encima de cualquier obligación personal. No puedo desaparecer, de modo que hago lo único posible en esta incómoda situación: envío a mi asistente en un coche de caballos (cuatro coronas me cuesta la broma) a casa de los Kekesfalva, rogándoles que disculpen si me retraso, pero un imprevisto relacionado con el servicio, etcétera, etcétera. Afortunadamente, el follón del cuartel no dura demasiado, pues aparece el coronel en persona con un médico que han encontrado a toda prisa, y yo puedo escabullirme sin llamar la atención.

Pero la mala suerte me persigue: precisamente hoy no queda ni un solo coche en la plaza del Ayuntamiento. Tengo que esperar a que llamen por teléfono a uno de dos caballos. No hay más remedio. Cuando llego por fin al gran vestíbulo de los Kekesfalva, el minuterero del reloj de pared cae verticalmente marcando las ocho y media en vez de las siete y media, y veo que los abrigos del guardarropa se amontonan unos sobre otros. El rostro un tanto turbado del criado también me da a entender que mi retraso es excesivo... Una situación embarazosa, muy embarazosa. ¡Y justo en mi primera visita!